RELACION NUEVA
FAVORECER A LAS DAMAS.

AL pie de eſſe bello monte,
emulacion del Sol miſmo,
pyramide de las nubes,
y preſſumpcion del Olympo,
en eſſe eſcollo ſobervio,
cuyo gigante dominio
llega à ſer Athlante hermoſo
de eſſe Celeſte obeliſco,
de eſſe libro de once hojas
de eſſe eſtrellado prodigio,
donde và eſcribiendo el tiempo
la duracion de los ſiglos;
pues tocando ſu copete
eſſos globos cryſtalinos
ſube en altas competencias
Babylònico edificio
à beberle al Sol las luces
rayo à rayo, y gyro à gyro:
Al pie, pues, deſte empinado
jayan, ſobervio, y erguido,
inſenſible, inanimado,
aborto de los abyſmos,
eſtà un valle, el mas hermoſo,
mas ameno, y mas florido,
que aquel vergèl delicioſo,
que Siquis à Amor previno;
pues matizada de flores
ſu ſelva, apacible ſitio,
era à la viſta deleyte,
de ſu hermoſura el hechizo,
Aqui un paxarillo ſuena,
que en gorgeos repetidos
trinaba dulces acentos
lo canoro de ſu pico.
Alli un gilguerillo alegre,
ufano ſobre un ramillo,
el clarin de ſu garganta
es liſonja del oido.
Allì Ruy ſeñor gorgea
al pie del guardado nido
cantandole á ſu conſorte
muſico zeloſo, y fino.
Alli, donde el claro Tanais,
hermoſo, apacible rio,
cerca el monte, lame el valle,
baña el prado, azota el riſco,
y hermoſa ſierpe de plata
forma en penacho de vidro
de ſus eſpumoſas olas
plumage de nieve rizos,
porque batiendo galàn
los viridarios caminos
de aquellas verdes campañas,
ſu ribera era el archivo,
que depoſitaba en perlas
poderoſos deſperdicios,
ſiendo ſus bellos cryſtales
(ſi à buena luz lo examino)
del indiano undoſo lago
deſcendiente fugitivo.
Aqui eſtaba deſcuydado,
no muy poco divertido
en amoroſos cuydados,
bien ſuſpenſo, y penſativo,
quando oygo, no sè que voces,
quexas, llantos, y gemidos,
y con un ay, que me matan!
ſellò el acento un ſuſpiro
tan bello, que toda el alma
me penetrò ſu ſonido.
A donde el lamento ſuena,
vuelvo la viſta, y diviſo
una muger, (què dolor!)
tan hermoſa (mas què digo?)

A espacio, dolor, à espacio,
tente pincèl, que es delito,
reducir à debil copia
de su beldad lo infinito)
que acosada le miraba
de un Toro entre roxo, y tinto,
vandolero de aquel monte,
y pyrata de aquel rio;
baya encendida la piel,
de cervìz alto, teñidos
pies, y manos, y poblada
la testa de remolinos;
ancho lomo, mano corta,
larga la cola, y hundido
de cadera, levantado
del cerdoso cervigillo,
de cuya horrible braveza
era, en corage encendido,
el escandalo del valle,
y el horror de su distrito:
Yo, viendo de lance tal
el empeño tan precisso,
la obligacion de mi sangre,
en el riesgo conocido
de una muger, por quien todos
los hõbres, à un siendo indignos,
posponen sus proprios riesgos,
por amparar sus peligros,
partì aprissa, donde el bruto
furioso, y embravecido,
iba à executar violento
en aquel Angel divino
barbaro golpe, esgrimiendo
sus dos puñales torcidos,
y no sè, como al mirarla,
(aun siendo bruto lo instinto)
no suspendiò mas piadoso
el impulso executivo.
Llego al Toro (que admirado
se quedò de haverme visto)
terciome la capa al brazo,
saco la espada atrevido,
y valeroso, y bizarro
llamole, y èl al aviso
fuè ligera exhalacion,
relampago despedido,
seguno se vino irritado
al reclamo del silvido.
Esperole, y venturoso
le burlo el golpe vacìo,
y al torno de media vuelta
le meto el azero limpio,
atravesandole todo
de un codillo à otro codillo.
Volviò sobre mi furioso,
y ensangrentado, y herido,
escupe arenas al Cielo,
assombra el campo à bramidos,
escarba el suelo con rabias,
encrespando torbellinos
de negras toscas guedejas
de la frente el laberinto,
y ensangrentando la arena,
dexando la sangre à rios,
con sus dos corbos alfanjes
el suelo clava ofendido,
arrojando sus fragmentos
á la region del Empyreo.
Vuelve à embestirme animoso,
vuelvo à esperarle en el circo,
segunda vez me acomete,
segunda vez le resisto;
y ansioso de la victoria
(al bote desvanecido
pues le disparo en el ayre)
otra vez probò los filos
de mi ensangrentado estoque,
yà casi el valor rendido,
arrodillose en la tierra,
y levantando el altivo
tercera vez cuello ufano,
en su sangre bien teñido,
vuelve à acometerme ayrado,
sierpe brava, basilisco,

rayo

rayo de la quarta esphera;
mas fuè vano su designio,
que à la tercera estocada
quedò en el suelo tendido.
Muerto el Toro, y la victoria
por aqueste brazo invicto.
Voy à la Dama, que estaba
qual cadaver yerto, y frio,
á un rigoroso desmayo
postrado el hermoso brio.
Viendo, pues, tanta belleza,
ladrona de mi alvedrìo,
bello imàn de mis potencias,
y encanto de mis sentidos,
entre confuso, y turbado,
entre asustado, y vencido,
entre valiente, y cobarde,
estos amores le digo:
Angel, Muger, Deydad, Cielo.
Cuyo desmayo homicida
A ti te quita la vida,
Cubriendote mortal yelo:
Yà es Cielo lo que era suelo.
Dime, muger peregrina,
Còmo assi estàs tan divina
Aun quando te miro muerta?
Cierre yà el rigor la puerta
A tan hermosa ruina.
Si neutràl tu vida incierta
Assi en tu desmayo estriba,
Còmo estaràs quando viva,
Si assi estàs quando estàs muerta?
Yà veo mi muerte cerca.
Muger, assombro, Deydad,
Cuya divina beldad,
En suspension tan hermosa
Sopla una llama dichosa,
Que arde con voracidad:
Esse palido semblante,
Esse yà muerto color,
Esse divino esplendòr,
Que obscureció en un instante:
Barbaro bruto arrogante;
Irracional homicida,
A mi me quitò la vida,
Viendo la tuya en tal calma,
En parenthesis del alma,
A tanto dolor vencida:
Quièn si no un bruto, pudiera
Ocasionar tal rigor?
Què lastima! què dolor!
Quièn, si no una fiera, fuera
Quien ofenderte quisiera?
Vuelve, Serafin humano,
De esse desmayo tyrano
En ti hermoso, mas advierte,
Que està mi vida, y mi muerte
Oy en tu divina mano.
Mas iba à decirle, quando
un delicado suspiro
diò señas que respiraba
vitàl aliento en quexidos;
poco à poco fuè volviendo
del susto, à los esparcidos
golpes de agua, piadosos
recobrando sus sentidos.
Diò otro segundo bostezo
dando en èl mas cierto indicio
de vida la muerta Aurora;
y de que no cortò el hilo
de sus vitales alientos
Atropos, mortal ministro.
Serenòse el rostro hermoso,
y en sus ojos bellos miro
no sè que perlas quaxadas
con el llanto de los mios;
y agradecida, y afable,
mirandome con cariño,
me dixo: Joven gallardo,
à cuyo valor invicto,
y à tu noble espada debo
esta vida que respiro,
yo soy la infeliz Rosaura,
hija del gran Federico,

po-

poderoſo Rey de Albania,
que haviendome aqui traydo
mi deſgraciada belleza,
el pueblo, que veis vecino,
corta Aldèa, es el arvergue,
depoſito, donde havito.
El havertme libertado,
confieſſo, que agradecido
mi favor os premiarà
merecimientos tan dignos.
Llevèla en brazos (ò nunca
mis ojos la huvieran viſto!)
y en una apacible Quinta,
antes de llegar al ſitio
de la venturoſa Aldèa,
oygo no sè que ruido
de Caballeros, y Damas,
y ella halagueña me dixo
entonces: Yà bien podèis,
generoſo joven, iros;
pero quiero, que ſepais,
y que tengais entendido,
que vueſtros hechos ſeràn,
de vueſtra dicha principio.
Yo no quiero mas fortuna
(le reſpondì) que propicio,
tu heroyco pecho no olvide
eſte amante beneficio;
y no lo digo, porque
premies mi corto ſervicio
con intereſes, que ofenden
lo puro del ſacrificio;
sì ſolo, porque entendais,
que à vueſtro imperio divino
un alma ſin alma yace,
que oy à tus pies ſacrifico:
que no la olvides, ſeñora,
con mil anſias te ſuplico,
yà que encontradas las ſuertes
tan en un inſtante miro,
viva la que eſtaba muerta,
y muerto el que eſtaba vivo.
Dexòme en fin, y dexèla;
y quando à largo camino
volvì à mirarla, una ſeña
con un pañuelo me hizo,
como diciendome, mira,
hombre, lo que has merecido;
perdila de viſta (aqui
quiſiera, Carlos, amigo,
para explicar mi dolor,
que del interior retiro
mi corazon à pedazos
ſalieſſe por mi à decirlo.)
Fueſſe en fin, y yo quedè
como el gyrasól erguido,
que en faltando el Sol ſe queda
melancolico, y marchito:
como la Tortola viuda,
que quando muere el marido,
ſu dulce eſpoſo, ſentia
llora en tiernos arrulſidos;
y muerto con eſta pena,
ni aun aquel debil alivio
me queda de la eſperanza;
que es martyrio del martyrio.
Solo sì tengo la gloria,
de que aya mi eſpada ſido
la que del rieſgo paſſado
la libraſſe compaſsivo,
porque ademàs de ſer Angel,
Deydad, Serafin, hechizo,
ſeñora, beldad, y Reyna;
es, muger à quien el limpio
eſmalte del pecho noble
es, que en empeños tan dignos
por amparar las mugeres,
buſquemos los precipicios.

Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de D. Juan de Medina, y San-Tiago, Plazuela de las Cañas, donde ſe hallarà de todo ſurtimiento, y Eſtampas.